

CAPÍTULO XV

LOS HUNOS.

Tan extravagantes y escasas nociones se nos habían transmitido acerca de los hunos, que hubieron de excitar la curiosidad de los sábios no menos que la del vulgo. De Guignes pareció satisfacer este sentimiento y el gusto á la novedad, cuando proclamó en el siglo pasado que los hunos no eran otra cosa que los yung-nus, nacion nómada, siempre amenazante junto á las fronteras de la China, que repelida de aquel punto, se había lanzado sobre Europa insultando á Roma, después de haber desafiado á Pekin (1).

Su sistema ingenioso sedujo á sus contemporáneos, si bien un conocimiento más profundo de los libros le hizo aparecer como contrario al parentesco de las lenguas y á la historia. Fueron derrotados los yung-nus cerca de las fuentes del Irtysh por los chinos (912), y sus restos se encaminaron hacia el Occidente para penetrar en la Sogdiana; pero fueron rechazados y obligados á establecerse al Norte del Cu-ché bajo el nombre de yue-pos. Posteriormente se adelantaron hacia el Noroeste, y habitaron con el mismo nombre parte de la lancha de los kirguizos, cruzada por los montes Ulo-to y Alguin-to. En buena inteligencia al principio y después en guerra con los juan-juans, escitaron á

(1) *Historia gen. de los hunos, de los turcos, de los mongoles*, etc. París, 1746, 4 tomos. Ha sido contradicho por Gebhard en la *Historia de Hungría*, I, 187; posteriormente por Klaproth y por Remusat, y todos los orientalistas se oponen en la actualidad á su sistema. Sin embargo, Remusat y Saint-Martin han reconocido á los getas y á los asis en los yue-ti y en los osis, de que hacen mencion los anales de los chinos, espresando que eran rubios. En una historia de los reinos búdicos hallamos que por el año de 500 están los yue-ti en guerra con los pueblos de las riberas del Indo, á fin de disputarles la copa de oro de Budda.

los goeis (148) á atacarlos por el lado de Oriente, mientras ellos lo hacian por la parte de Occidente. Ya no se les menciona á contar desde este tiempo; y así como los héroes que han desaparecido del mundo sirven de inmenso recurso para las novelas atestadas de prodigios, de la misma manera este silencio de la historia venia muy á propósito para hacerles aparecer de súbito en Europa en el siglo de Valente. Pero segun llevamos dicho, el nombre de yung-nus se había mudado en el yue-pos, y Eratóstenes señalaba una tribu de los hunos (Ὀύνοι) al Occidente del mar Caspio y al Norte de los albaneses, doscientos años antes de Jesucristo, es decir, cuando todavía inquietaban los yue-pos el Norte de la China. Es de consiguiente imposible confundir á los hunos con los mongoles, los tártaros y los turcos. Al revés existen muchos motivos para señalarles entre la raza que ocupa en el día parte del Nordeste de Europa y del Noroeste de Asia; raza á que por una de sus fracciones aplicamos el nombre de finica, y que se denominaria con más fundamento urálica, porque bajó hacia el Oriente y hacia el Occidente desde la cumbre de los montes Urales.

También presentan las crónicas contemporáneas á los hunos como pertenecientes á la misma familia que los ávaros y los húngaros, y sus nombres propios, único residuo de su lenguaje, se explica con el auxilio del idioma hablado por estos últimos (2). Si la falta de barba, los ojos de cerdo y

(2) Tienen escasisimo valor los argumentos etimológicos cuando están aislados. Bergmann, en el *Nomadische Streifereien unter den Kalmuken*. Riga, 1804, tomo I, página 129, halla la raíz del nombre de Munzak, padre de Atila, en los vocablos mongoles *mu*, malo, *izak*, tiempo. Transforma el nombre de Atila en el de *Etsel*, que significa

la nariz roma, podian darles mucha semejanza con los calmuco, estos caracteres se encuentran así mismo en muchas naciones del Asia septentrional, y con especialidad entre los vógulos de nuestra época, que pertenecen á la raza finesa oriental. Su mezcla con las poblaciones turcas, eslavas, alemanas, mejoró esta raza hasta el punto de producir la hermosa generacion de los ávaros y de los húngaros.

Habitaba este pueblo en los primeros siglos de nuestra era más al Mediodia que actualmente, y en los tiempos anteriores se extendia hasta las riberas del Euxino, donde se confundia con otros mil pueblos bajo la vaga denominacion de escitas. Por el centro de las fértiles comarcas vecinas á los Urales pasaron los diferentes nómadas, que desde el corazon del Asia llegaron á invadir la Europa. Algunos hicieron alto en la mitad del camino, y se mezclaron con las poblaciones finicas, formando nuevos idiomas y nuevas naciones, de las cuales unas permanecieron en la patria adoptiva, á la par que otras se adelantaron hacia Europa empujadas por nuevas emigraciones orientales.

Dionisio Periegetes menciona á los hunos bajo su propio nombre (Ὀύνοι), colocándolos á semejanza de Eratóstenes, en la costa occidental del mar Caspio, entre los escitas, los caspios y los albaneses: Tolomeo los situa entre los bastarnos y los roxolanos, es decir, en las dos orillas del Boristenes: finalmente, Zonara cuenta que el emperador Caro fué muerto en el año 284 en una expedicion contra los hunos.

De consiguiente, eran ya conocidos mucho antes de que se arrojaran sobre Europa. Al principio ocuparon la comarca situada entre el mar Negro y el Danubio: después se derramaron por las provincias del imperio.

Espantada la imaginacion al aparecer aquellas hordas extrañas á la raza indo-germánica, y no hallando imágenes adecuadas recurrió á las fábulas. Dicese, pues, que habiendo hallado Filimero, rey de los godos, entre sus gentes á algunas *alrunnas*, nombre con el cual se designaba á las brujas, las espulsó á un pais desierto, lejos, muy lejos de su campo. Encontráronlas en aquel punto espíritus malignos, y habiéndose unido á ellas, engendraron á los hunos, seres horribles y de pequeña estatura, sin asemejarse á los hombres más que en el uso de la palabra (3). Amiano Marcelino los presenta

algo de magestuoso. Estos nombres se esplican igualmente y dándolos menos tortura, por el idioma húngaro. Atila es *atsel*, acero: Munzak, es *mentseg*, fertilidad. De igual manera se podría sacar el nombre de Atila de las palabras *atla*, *atti*, *atti*, que en muchos idiomas asiáticos significan juez, rey, caudillo; de donde se derivarian así mismo Atalo, rey marcomano, Atalo de Pérgamo, Atalo, moro, Atea, escita, Atalarico, Eticon, etc. Otros hacen referencia de los nombres Bleda, Munzak, Balamiro, á los nombres eslavos Bled ó Vlad, Bolemir, Muzok.

(3) JORNANDES, *De rebus geticis*.

como dotados de una ferocidad sin par en el mundo; apenas acababan de nacer surcaba su rostro un hierro hecho ascua, á fin de impedir que brotara la barba, lo cual hacia que parecieran eunucos: por lo demás, robustos, de vigorosos miembros, enorme cabeza y ancha espalda, se les hubiera podido tomar por animales que se ponian en dos patas, ó por groseras cariátides sosteniendo puentes. Otros comparan su rostro á una masa de carne informe, hendida con dos agujeros en guisa de ojos, añadiendo que, á pesar de su corta estatura, son vigorosos, tienen anchos hombros, llevan erguida la cabeza, son famosos ginetes y manejan con singular destreza el arco y las flechas (4). Perseguiendo algunos de ellos en la caza, su ocupacion habitual, á una corza blanca, cruzaron detrás de ella el Palus-Meótides, y conocieron de este modo el pais de los escitas. Poseidos de la idea de que por un medio sobrenatural se les había indicado aquel camino, exhortaron á sus compatriotas á invadir las comarcas que habian descubierto. Su consejo fué seguido, y lanzándose desde sus desiertos los hunos vencieron á una parte de los pueblos que encontraron al paso, y pusieron á los otros en fuga á consecuencia del terror que infundia su horrible aspecto.

Vivian como salvajes, no sabiendo siquiera hacer cocer las carnes y alimentándose con raíces crudas ó con carne que ponian bajo la silla del caballo á fin de que se ablandara. Los prisioneros de guerra cultivaban sus campos y tenian cuidado de sus bestias. No moraban en casas, ni en chozas, por considerar todo recinto con paredes como una sepultura, y por no creerse en seguridad bajo ningun techo. Acostumbrados desde la más tierna infancia á soportar el frio, la sed, el hambre, cambiaban á menudo de residencia, trasladando á toda su familia en carros tirados por bueyes. Cosian las mujeres los vestidos de sus esposos y daban de mamar á sus hijos. Vestíanse de lienzo ó con pieles de

(4) Esta descripcion de Jornandes corresponde exactamente á la de Sidonio Apolinario, obispo de Clermont en el 472, que canta en el carm. II, vs. 245-262.

*Gens animis membrisque minax; ita vultibus ipsis
Infantum suus horror inest. Consurgit in arcum
Massa rotunda caput: geminis sub fronte cavernis
Visus adest oculis absentibus; acta cerebri
In cameram vix ad refugos lux pervenit orbes;
Non tamen et clausos, nam fornice non spatioso
Magna vident spatia, et majoris luminis usum
Perspicua in puteis compensat puncta profundis.
Tum ne per malas exerceat fistula duplex,
Obtundit teneras circumdata fascia nares,
Ut galeis cedant. Sic propter praelia natos
Maternus deformat amor, quia tensa genarum
Non interjecto fit latior area naso.
Caetera pars est pulchra viris, stant pectora vasta,
Insignes humeri, subcincta sub ilibus albus.
Forma quidem pediti media est, proceras sed extat
Si cernas equites, sic longi saepe putantur
Si sedeant.*

marta, que no se quitaban de encima hasta el momento en que del todo se caía á pedazos. Llevaban casco en la cabeza, y en los piés polainas de cuero y zapatos tan toscos, que no podían andar apenas, rara vez se apeaban del caballo, y permanecían montados día y noche, ora cabalgando sobre la silla, ora sentados. En esta actitud comían, bebían, se congregaban en consejo, y para dormir se inclinaban sobre el cuello de su cabalgadura. Arrojábanse contra el enemigo prorumpiendo en ahullidos feroces; volvían riendas y desaparecían, si encontraban resistencia, y luego tornaban á la carga veloces como el relámpago, echando todos los obstáculos por tierra. Las flechas que disparaban, ya ganando terreno, ya en la fuga, estaban armadas con una punta de hueso, tan dura y tan mortífera cual si hubiera sido de hierro. De cerca peleaban con la cimitarra en una mano y un lazo en la otra, para coger al enemigo; pero ninguno de ellos podía descargar un solo golpe en tanto que un ginete de una familia privilegiada no hubiera dado el ejemplo. A veces hasta las mujeres tomaban parte en las lides. Hacia un siglo que habían llegado á Europa y aun no tenían la menor idea del arte de la escritura.

Habiendo abandonado las diversas tribus de este pueblo (376) las orillas del Volga y del Palus-Meotides, á las órdenes del rey Balamiro, avasallaron á los acatsiros, nacion que tenía el mismo origen que ellos, y asaltaron á los alanos del Tanaís (5). Vencidos estos se asociaron á los hunos, y todos juntos se precipitaron sobre el territorio de los ostrogodos (pág. 427). A la sazón era rey de estos el gran Hermanrico, comparado á Alejandro por la estension de sus conquistas. Cuando, ya viejo, vió venir encima aquella nueva y formidable tormenta, se dió muerte, para libertarse de la ignominia de una derrota. Vitimiro, su sucesor, fué muerto cerca del Erac, oponiendo resistencia á la invasion estraña. Atanarico, caudillo de los godos tervingios, fué tambien puesto en fuga junto al Dniester, y los ostrogodos se diseminaron ó se sometieron al yugo. Solicitaron los visogodos ser admitidos en las tierras del imperio, abandonando á los hunos el país situado al Norte del Danubio, en que se hallaban establecidos hacia siglo y medio, y que vino á ser entonces centro de un nuevo Estado destinado á durar setenta y siete años.

De ningún modo querían hacer alto allí los hunos, y alentado Balamiro por la victoria, devastó las provincias romanas, en las cuales destruyó muchas ciudades hasta el momento en que pudo aplacarle (387) la promesa de un tributo anual de diez

(5) Klaproth demuestra que el nombre de alanos es sinónimo del nombre de assis, y que los assis son los mismos que los osetos, descendientes de los antiguos medos. Indagaciones sobre las emigraciones de los pueblos. París, 1826.

y nueve libras de oro (20,000 pesetas). Le sucedió en el mando Uldino, después Donato que fué asesinado (412), y los romanos se vieron en la impetuosa necesidad de conjurar las amenazas de Karaton por medio de los más espléndidos donativos. Desde entonces se vieron mezclados los hunos de vez en cuando á los acontecimientos que agitaron el imperio; pero, cerca de doce años después (423), les condujo Roila más acá del Danubio á saquear la Tracia y á Constantinopla, pero se declaró entre los suyos la epidemia, y él mismo quedó muerto de un rayo.

Rua ó Rúgula (430?) recibió de Teodosio II un tributo anual de trescientas cincuenta libras de oro (370,000 pesetas) á trueque de vivir en sosiego; si bien cuando tuvo noticia de que los amilzuros, los itimaros, los tonosuros y los boiscos, pueblos limítrofes del Danubio, habían celebrado alianza con los romanos, dirigió á Teodosio la amenaza de romper su convenio, si no se segregaba de aquellos pueblos y les obligaba á volver á entrar en la comarca de donde habían salido. Quizá resolvió observar esta conducta á instigacion de Aecio, quien se había retirado á su lado. Pero apenas hubo celebrado nuevos pactos Valentiniano III murió dejando la autoridad suprema á sus dos sobrinos Bleda y Atila (433), el *azote de Dios*.

Casi se creeria que este guerrero terrible no fué un personaje histórico, ó que conviene considerarle más bien como un mito vago, como un símbolo de destruccion inmensa, si no hubiera visto Prisco (6). A principio de su reinado infunde vépanto á Teodosio II, quien compra una paz vergonzosa al precio de setecientas libras de oro cada año: además, el emperador otorga permiso al bárbaro para traficar libremente en las riberas del Danubio, y le promete la restitucion de cuantos súbditos suyos se habían refugiado en las provincias imperiales. Cuando los tuvo en su poder Atila (y había entre ellos muchos vástagos de real estirpe) mandó que fueran crucificados todos. Luego que ha humillado y tiene á discrecion suya el imperio, hace la guerra á los bárbaros de origen diverso, instalados ó errantes en el centro de Europa. Se someten ó son reducidos por él á la obediencia los gépidos, los ostrogodos, los suevos, los alanos, los cuados, los marcomanos; y ensancha su imperio desde las comarcas habitadas por los francos hasta el país de los escandinavos, sembrando el terror en el mundo entero. Forma su comitiva una muchedumbre de reyes, y setecientos mil guerreros aguardan que una señal suya les indique la region marcada por la venganza de Dios.

Atila era de estremada fealdad: tenía la tez de

(6) La embajada de Prisco, curiosa en extremo, se halla narrada en el tomo I de los *Byzantina historia scriptura*, con el título Έξ της ιστορίας Πρίσκου πρεσβυτου εις τον αυτοκρατορα; pero al principio es confusa é incompleta.

color de aceituna, gruesa cabeza, nariz roma, pequeños y hundidos ojos, cabello gris, poco pelo en la barba, gordo y vigoroso. Mostrábase arrogante en su apostura y mirada, como hombre que se siente superior en energia á cuantos le rodean. Su vida era la guerra, y sin embargo sabía dominarse: severo para exigir en los demás justicia, solo la veía para sí en su voluntad absoluta. Aparecía no obstante accesible al ruego y benévolo con aquellos que le inspiraban confianza. No fiando únicamente en la fuerza, hace que se divulguen entre sus gentes algunos de aquellos cuentos que fascinan á la muchedumbre. Habiéndose herido una ternera en una pata mientras pacía, asombrado el pastor arranca la yerba y descubre en aquel sitio la punta de una espada: la desentierra y vá á ofrecérsela á Atila, quien afecta aceptarla como un don del dios de la guerra y un signo de dominacion universal. Decía amenudo: *Cae la estrella, la tierra se estremecce: yo soy el martillo del mundo; donde pone mi caballo los piés no vuelve á nacer yerba*. Como le denominara un hermitaño *Azote de Dios*, adoptó este sobrenombre como un augurio, y convenció á las naciones de que le merecía.

¿Podía soportar á un colega un hombre de esta especie? Da muerte á Bleda, y después de haber vencido al mundo bárbaro, se revuelve contra el mundo civilizado.

Primeramente se encaminó hácia la Persia, y trasponiendo las montañas llegó á la Media (444); pero acreditaron nuevamente su antiguo valor los descendientes de Ciro y de Arsaces, y le obligaron á retroceder camino, abandonando gran parte del botín que había cogido. Temeroso entonces el vándalo Genserico de que se le fuera de las manos su dominio en Africa, de resultas de la buena inteligencia que existía entre Teodosio y Valentiniano, impulsó á Atila á invadir el imperio de Oriente. Una banda de hunos llegó á perturbar el comercio que se hacia junto al Danubio, dispersando y arrancando la vida á los mercaderes atacados de improviso, y derribó la fortaleza, bajo pretexto de recobrar un pretendido tesoro tomado por el obispo de Margo, y á causa del asilo dado á algunos súbditos que se habían sustraído de la justicia de su soberano. Puso, pues, la guerra en combustion á la Mesia, y, para librarse del peligro el obispo de Margo, entregó su ciudad en manos de Atila. Desde allí se precipitó el torrente bárbaro sobre todas las plazas fuertes de la frontera de Iliria, y destruyó las populosas ciudades de Sirmio, Singiduno, Katiaria, Marcianópolis, Naiso, Sárnica, que formaban un límite militar. Tan luego como Atila hubo estendido sus hordas desde el Euxino hasta el Adriático sobre una formidable línea de quinientas millas, despachó un enviado á Valentiniano y á Teodosio, el cual llegó á decir á los dos emperadores: *Atila, mi soberano y el vuestro, os intima que no descuideis prepararle un palacio*. Teodosio volvió á llamar á toda prisa las tropas que había enviado á Sicilia contra Genserico y las

que peleaban contra los persas; pero no se atrevía á colocarse á la cabeza de su ejército, ni contaba con caudillos bastante hábiles, ni con tropas disciplinadas para hacer frente al enemigo. Tres insignes victorias condujeron á Atila hasta los arrabales de Constantinopla, donde un terremoto que echó á tierra veinte y ocho torres, hizo temer que ni aun la capital sería un asilo seguro para el señor del imperio. Fueron entradas á saco setenta ciudades: aquéllos que se escapaban de la matanza quedaban reducidos á la servidumbre y estimados en la reparticion del botín segun el vigor de sus brazos, no con arreglo á su habilidad como sabios ó sofistas. Teodosio, el invencible augusto, desprovisto de los recursos que brinda ora una tiranía prepotente, ora una libertad generosa, no halló mejor partido que implorar la compasion de Atila, y el temible huno le dictó estas condiciones: cesion por el emperador de los países próximos al Danubio en una longitud de quince dias de camino; aumento del tributo anual de setecientas á mil libras de oro, y además seis mil libras pagaderas al contado para los gastos de la guerra. Esta suma, exorbitante para un imperio exhausto de fondos por el lujo, por la malversacion y por los preparativos militares, no pudo ser allegada sino por medio de un impuesto extraordinario sobre los senadores, obligados á vender en pública subasta las joyas de sus mujeres y los ornamentos hereditarios de sus palacios. La soberbia, que sobrevivía á la grandeza, dió el nombre de salario á este tributo, y el título de general del imperio al rey de los hunos, quien decía con la risa en los labios: *Los generales de los emperadores son esclavos, y los generales de Atila son emperadores*.

Además se obligó á Teodosio á poner en libertad á todos los hunos prisioneros durante la guerra, á pagar doce monedas de oro por todo esclavo romano que sacudiera el yugo de los bárbaros, y á entregar á discrecion á todo el que hubiere desertado del campamento de Atila. De esta suerte se privaba á sí propio de la esperanza de hacerse adictos los pueblos bárbaros, mostrándose incapaz de defenderles, y por otra parte no se atrevía á llamar á los suyos á una guerra nacional. Sin embargo, los habitantes de Acimunte, pequeña ciudad de la Tracia, dieron muestras de que el antiguo valor no se había estinguido del todo. Al aproximarse los hunos salieron á su encuentro y los mantuvieron á raya, hasta les cogieron botín y prisioneros, haciendo tambien reclutas entre sus desertores. Vanamente les ordenó Teodosio que se sometieran á las condiciones que le habían sido impuestas: hubo necesidad de que Atila accediera á un tratado particular con aquellos hombres generosos, prometiendo el cange de los fugitivos y de los desertores. Pero cuando llega el caso de ponerlo en planta, apelan los acimuntinos á una patriótica mentira, y juran que han despedido á los desertores y dado muerte á los esclavos, á escepcion de dos únicamente.

Alentado Atila á nuevos ultrajes en virtud del envilecimiento que encontraba donde quiera, exigió de Teodosio que renunciara al título de señor de la comarca que se extiende desde el Danubio hasta Naiso y la Nava en la Tracia, y cada vez que quería remunerar á alguno de sus parciales por sus buenos servicios, le enviaba á la corte de Constantinopla, bajo pretexto de reclamar la ejecución de los tratados, á murmurar amenazas al oído del emperador dentro de su mismo palacio; y realmente el embajador se enriquecía con los regalos á cuyo precio creía el débil emperador comprar su connivencia. Entre el número de estos embajadores se contaron Orestes, noble panonio, y Edecon, jefe de la tribu de los escirros, después célebres, uno como padre del último emperador romano, y otro del primer rey bárbaro de Italia. Tan luego como desempeñaron su cometido, volvieron ambos al lado de Atila (449), acompañados de Maximino, personaje de los más distinguidos de la corte de Oriente por los empleos civiles y militares que había tenido á su cargo con crédito sumo. A su lado se hallaba el sofista Prisco, que nos ha conservado el relato de su viaje y de la negociacion que tuvo por objeto.

Embajada á Atila.—Pusieron en marcha desde Constantinopla con numeroso séquito de hombres y de caballos, dirigiéndose hácia Sárdica, á la cual hallaron reducida á cenizas. Enseguida pasaron á Naiso, arsenal floreciente en otro tiempo y convertido á la sazón en un montón de escombros, donde languidecían algunos enfermos en las ruinas de las iglesias, mientras movía á lástima ver el resto de la ciudad sembrado de osamentas. Por último cruzaron el Danubio en barcas hechas de un tronco de árbol ahondado en hueco. Ya Maximino había tenido con los enviados del rey disputas de preeminencia: desde entonces le fué vedado levantar sus tiendas á fin de que no eclipsara la majestad régia. Acto continuo quisieron los ministros hunos que presentara las instrucciones de que había sido encargado por su soberano, y como se negara, supo que ya tenía el enemigo noticia de ellas por traicion. Tras un larguísimo viaje hácia el Norte, obtuvo con mucha dificultad dar alcance al monarca. Guías bárbaros regulaban á su antojo la dirección y la rapidez de sus marchas; y aldeas de aquellos contornos suministraban á los viajeros provisiones en abundancia, compuestas de mijo, aguamiel y *camo*, licor hecho con cebada. Sorprendidos cierta noche por una tempestad de lluvia y viento anduvieron errantes en la oscuridad hasta llegar á una aldea cuyos habitantes se despertaron á sus gritos. Pertenecía á la viuda de Bleda, que hizo iluminar con antorchas aquellos alrededores, proporcionó aquello de que más necesidad tenían los embajadores romanos, y les envió bastante número de hermosas mujeres, lo cual le fué recompensado con el donativo de copas de plata, de tela de lana encarnada, de frutas secas y de pimienta de la India.

La capital de aquel vasto imperio de los hunos, que no poseía una ciudad siquiera, era un campamento entre el Danubio, el Teiss y los Carpates, quizá en las cercanías de Jasberin, Agria y Tokai, en los campos famosos por la victoria más insigne de los tiempos modernos (*Austerlitz*). Como ya hemos visto en la época de los primeros conquistadores asiáticos, las tiendas movibles se habían convertido en cabañas de madera, de paja y de arcilla, dispuestas simétricamente y bastante numerosas para dar cabida a toda la corte. Onegio, ministro favorito del rey, había construido un baño de piedra. Un palacio de madera sumamente estenso, cercado con una empalizada de tablas lisas, con torres á intervalos, servía de habitación á las mujeres de Atila. Cada una de ellas tenía allí su aposento separado, y como los celos de su señor no les prohibían la sociedad de los hombres, Maximino pudo entrar en el de Cerca, reina principal de todas. Aquel era un edificio bien construido, sustentado por columnas de madera torneada, esculpida y barnizada, donde no faltaban regularidad en las proporciones, ni gusto en los ornamentos. Cerca recibió á los embajadores reclinada sobre un blando lecho en una habitación elegante cubierta con una alfombra, donde la rodeaba un círculo de esclavas, mientras sus doncellas bordaban los vestidos de los vencedores del mundo. Estos en testimonio de sus triunfos, se complacían en ostentar una gran riqueza de oro y de pedrerías, adornando con ellas sus personas, sus armaduras, sus espadas y hasta su calzado, y sobrecargando sus mesas de vagillas de oro y de plata cincelada.

Al revés, Atila afectando la mayor sencillez en su persona no tenía más adorno que sus armas. Servíase á la mesa de copas y de platos de madera, y no comía más que pan ó carne. A su entrada en el salón del banquete se hacía una libación á su salud: después se sentaban de tres en tres ó de cuatro en cuatro á cada una de las pequeñas mesas colocadas á ambos lados de la mesa del monarca, elevada encima de algunos escalones y reservada para Atila, sus hijos, y algunos príncipes de alta gerarquía. A cada plato bebía el rey tres veces á la salud de uno de los principales oficiales, que debía recibir en pie aquella demostración honorífica y responder á su vez con un brindis. Terminada la comida, se servía el vino y se competía en intemperancia. Al mismo tiempo dos poetas cantaban cerca del lecho de Atila su bravura, sus hazañas y las de sus abuelos: decían de este modo: *Nosotros combatíamos con la espada y prorrumpieron en gritos de alborozo las águilas y las aves de rapina: lloraron las vírgenes por largo tiempo: pasan veloces las horas de la vida: cuando nos toque morir sonreiremos.* Enseguida aparecían los bufones, que escitaban en el salón estrepitosas carcajadas. Entre todos solo Atila permanecía grave: meditaba en la conquista del mundo, y no daba tregua á su pensamiento más que para acariciar las mejillas de Inarc, el menor y más amado de sus hijos.

Acercóse á Prisco en el campamento de Atila un extranjero vestido á la usanza de los escitas de distinción, el cual le saludó en griego y le contó como después de haber perdido en las invasiones anteriores su libertad y su fortuna, había venido á ser esclavo de Onegio, consiguiendo encumbrarse en virtud de sus eminentes servicios al nivel de los hunos, con quienes había contraído vínculos de parentesco. Comía á la mesa de su amo; y su condición entre los bárbaros le parecía preferible con mucho á la que tenía en Grecia, donde los emperadores, incapaces para proteger á sus súbditos y á sus amigos, abrumaban al pueblo con contribuciones, exorbitantes por el modo de exigir las, sin contar la obscuridad de tantas leyes, el hacinamiento de los procesos ni la corrupción general.

Cuando Atila entró en su campamento particular se adelantó á su encuentro una numerosa turba de mujeres en dos filas, sosteniendo en el aire de un lado á otro velos de lino blanco en forma de dosel, bajo el cual entonaba cánticos un coro de doncellas. Luego que estuvo delante de la morada de Onegio, la mujer de este ministro, que le aguardaba en aquel punto, rindió homenaje al héroe, ofreciéndole vino y manjares que le tenía preparados. A una señal de agradecimiento que hizo levantaron los esclavos á su altura (porque permanecía siempre á caballo) una mesa de plata, de la cual tomó Atila una copa llevándosela á los labios: después saludó á la dama y siguió su camino.

Lejos de permanecer ocioso en su campamento, congregaba á su consejo con mucha frecuencia, daba audiencia á los embajadores y administraba justicia desde lo alto de un tribunal alzado delante de la puerta del palacio.

Al admitir por la vez primera cerca de sí á los embajadores romanos se hallaba sentado en una silla de madera, rodeado de numerosa guardia, y les reconvinó con ademán amenazador de la mentira del intérprete Vigilio, quien le había dicho que en las tierras del imperio no había más de diecisiete desertores. En otra audiencia renovó sus orgullosas reprensiones sobre la falta de cumplimiento de las promesas hechas, tanto á él como á sus favoritos. Habiéndose ablandado después, despidió á los embajadores concediéndoles algunos esclavos por un ligero rescate, y cada uno de los nobles escitas les hizo presente de un caballo.

Pero mientras Maximino trataba lealmente de la paz, se urdía una traición infame. En el instante en que Edecon se hallaba en Constantinopla y manifestaba su asombro á la vista de tantas riquezas, el eunuco favorito Crisafio dispuso que le dijeran por conducto del intérprete Virgilio: *Puedes hacerte digno de una pingüe parte de ellas dando la muerte á Atila.* Edecon empeñó una promesa; más ya fuere porque aceptó fingidamente la propuesta, ya porque se arrepintiera, es lo cierto que dió cuenta de la trama al formidable huno. No tomó Atila ocasión de esto para faltar al respecto

debido al embajador, si bien mandó poner preso á Vigilio, que había vuelto al campamento, y dejándole la elección entre una bolsa llena de oro ó presenciar la muerte de su hijo, arrancó de su boca la confesión del delito. Perdonó la vida al delincuente mediante la suma de 200 libras de oro, y luego envió á Constantinopla á Esfa y Orestes con la bolsa dada á Edecon en premio de la traición proyectada. Introducidos cerca del emperador le hablaron de este modo: «Atila y Teodosio nacieron ambos de ilustrísima raza; pero sometándose Teodosio al tribuno ha eclipsado su nobleza y ha venido á ser esclavo de Atila. Es, pues, incómodo que prepare emboscadas á su señor como un esclavo desleal.»

Una embajada más pomposa que la primera aplacó la cólera de Atila quien perdonó al emperador, al intérprete y al eunuco; además cedió muchos esclavos y un vasto territorio á la derecha del Danubio, por el cual recibió no obstante una considerable suma.

Muerte de Teodosio.—Poco después murió Teodosio de una caída del caballo (28 de julio de 450), á la edad de cincuenta años, y habiendo reinado cuarentidos deshonrosamente á consecuencia de la humillación del imperio, por más que le ilustró el *Código* que mandó publicar (438) y fué la primera colección oficial de leyes que poseyeron los romanos (7).

Pulqueria.—Entonces obtuvo Pulqueria legalmente el poder que ya ejercía de hecho cuando los eunucos favoritos no le ponían trabas, y por primera vez se halló una mujer en su propio nombre á la cabeza del imperio romano. Otorgó á la indignación pública la cabeza de Crisafio, el último y el peor de los favoritos de Teodosio: queriendo luego un colega, más bien que un marido, fijó sus ojos en Marciano, senador sexagenario.

Marciano.—Había Marciano abandonado la Tracia, su país natal, para dirigirse á Constantinopla, no poseyendo más que 200 monedas de oro que había pedido prestadas. Habiéndose puesto á las órdenes de Aspar y de Ardabario, se portó bizarramente en las guerras de África y de Persia, y el oficio de las armas, no menos que la escuela de la adversidad, le enseñaron virtudes desconocidas de los césares mecidos entre la púrpura.

Comprendía la necesidad de conservar la paz, si bien no la quería al precio de una vileza; así cuando Atila le envió á pedir el tributo con arrogancia, hizo que se le respondiera: *Tengo oro para mis amigos y hierro para mis enemigos.* Última frase digna de un romano. Atila resolvió hacer la guerra: no obstante, titubeaba en el fondo de los prados de la Panonia entre si se dirigía al Oriente ó al Occidente, si raería de la luz de la tierra á Constantinopla ó á Roma; pero una serie de accidentes le arrojaron hacia el Occidente.

Vuelto Aecio a la cabeza de sesenta mil hunos,

(7) Véase Libro VIII, cap. IV.

había obligado á Placidia á que le encumbrara á los más altos honores y le entregara sus enemigos. Ejercía, pues, orgullosamente el poder, ostentando el más soberbio fausto, mientras que el verdadero emperador pasaba los días en su palacio sumido en vil reposo, bajo la protección de un capitán valiente. Con efecto, Aecio retardó por algunos años el último suspiro del imperio. Puso freno á los vándalos con el auxilio de diversos tratados; mantuvo la autoridad imperial en la Galia y en España, y celebró una alianza con los francos y con los suevos. Había continuado sus relaciones con los hunos de Atila, en cuyo campamento hacía que se educara Carpilión su hijo. Su mediación sustentaba de este modo la paz entre el imperio y aquel devastador formidable, si bien á costa de frecuentes humillaciones; hasta tuvo á sueldo hunos y alanos cuando quiso pelear contra los bárbaros ya establecidos en las Galias.

Visigodos.—Estas provincias habían recibido á los burgundios y á los visigodos, que de huéspedes molestos no tardaron en convertirse en enemigos. En el Mediodía el reino de los visigodos había pasado de Valia á Teodorico, hijo de Alarico, quien supo consolidarlo durante treintidos años (419-451). Puso asedio á Arlés, ciudad importante; pero habiéndole obligado Aecio á que lo levantara, se dirigió á España, cuyos moradores aspiraban á declararse independientes á semejanza de los de la Galia central. Acto continuo volvió á la carga contra Narbona, mientras era invadida la Bélgica, por los burgundios. En esto acudió Aecio, y vencedor de estos últimos, trasladó sus restos á las montañas de Saboya, y libró á Narbona. Deshizo también la liga armórica y envió al suplicio á Bactón, caudillo de los francos, por figurar como uno de sus principales favorecedores. Por otra parte el conde Litorio, otro denodado general del imperio de Occidente, estrechó cada vez más á los visigodos, y aun asedió á Tolosa, capital de sus dominios. Teodorico le envió diversos obispos católicos para que le hicieran presente su oferta de someterse, con tal de que se asegurara á los suyos la vida y la libertad; pero Litorio se obstinó en cerrar los oídos á toda especie de acomodo. Reanimados entonces Teodorico el valor de sus guerreros con visitar en calidad de penitente todas las iglesias de su capital, operó una salida á la cabeza de su hueste, derrotó á los sitiadores y cogió prisionero al mismo Litorio, que fué abandonado á los ultrajes de la muchedumbre; luego le sepultó dentro de un calabozo, donde terminó su existencia. Triste mentís dado á las promesas de sus arúspices, en aquel momento hubiera podido Teodorico ensanchar sus Estados hasta el Ródano, si bien quiso aceptar la paz, ora fuese por moderación ó por modestia (436).

Establecidos los visigodos en un país suave y culto, se habituaron á costumbres más humanas, bajo la autoridad de un rey que había leído á Vir-

gilio y estudiado jurisprudencia. Teodorico casó á sus dos hijas con los primogénitos de los reyes de los vándalos y de los suevos; pero un cuñado de la primera quitó la vida á su esposo: abrigando sospechas Genserico de que la otra había tentado envenenar á su hijo, le envió en calidad de expulsada á la corte de Tolosa, después de haber mandado que le cortaran la nariz y las orejas. Aprestábase Teodorico á la venganza, y para llevarla á cabo tenía en su apoyo á los ministros imperiales, cuando Genserico ahuyentó el peligro, invitando á Atila á invadir la Galia, donde también le llamaba la alianza de los francos.

Francos.—Este pueblo que dominaba el país vecino al Bajo Rhin, estaba gobernado por una raza hereditaria de príncipes, quienes se distinguían de sus súbditos por una cabellera rubia, cuyos rizos caían sobre sus hombros. Bajo Teodosio I se hace mención de Marcomiro y de Suenón, sus reyes; posteriormente, hacia el año 419, según ciertas tradiciones, reinaba Faramundo en la Francia, país situado allende el Rhin: Clodión, que le había sucedido (430?), tenía su residencia en Dispargo, entre Lovaina y Bruselas. Habiendo atacado de improviso la Segunda Bélgica, se apoderó de Tournay y de Cambray. Aecio le derrotó en Elena (*Vieux-Hesdin*); y luego mientras con toda confianza se celebraba un matrimonio, les sorprendió y robó las mujeres y los regalos nupciales.

En su consecuencia Clodión volvió á pasar el Rhin, y reanudó su alianza con los romanos, quienes le cedieron la Bélgica: de este modo perdía Roma hasta de resultas de sus victorias. Habiendo adquirido nuevas fuerzas en esta comarca, empleó Clodión los veinte años de su reinado en consolidar la dominación franca desde el Rhin hasta el Soma (8).

Luego que cerró los ojos dividió la ambición á sus dos hijos, y Meroveo, el más joven de ellos, imploró el patrocinio de Roma. Fué recibido en el imperio como aliado de Valentiniano III é hijo adoptivo de Aecio. Para estar en aptitud de combatir se hizo su hermano mayor aliado de Atila, dando de esta suerte á los hunos un pretexto más para invadir la Galia.

Honorio, hermana de Valentiniano, proporcionó á Atila otra apariencia de derecho. Esta doncella, á la cual el título halagüeño de augusta, que se le había conferido para alejar á todos los aspirantes á su mano, no vedaba sentir una pasión amorosa, se entregó al chambelán Eugenio. Descubierta la intriga (434), fué enviada á Constantinopla, para que espicara allí su error en la piadosa compañía de las vírgenes hermanas de Teodosio. Pero, siéndole poco gratas su austeridad y sus virtudes, envió secretamente á Atila un eunuco portador de su anillo, á fin de que se le ofreciera con todos los

(8) Volvemos á hablar de estos nuevos Estados en el libro VIII.

derechos que ella pudiera transmitirle en calidad de esposa suya. Agradó tan buena ocasión al huno, quien envió á pedir formalmente la mano de Honorio, como si ya le estuviera prometida, y con ella la mitad del imperio. Su petición fué desechada, so pretexto de que las mujeres romanas no tenían derecho á la sucesión. Fué nuevamente enviada la princesa á Italia, donde la casaron con un hombre obscuro y después fué encerrada en una prisión perpetua.

Cuando Atila sabe que su proposición ha sido desechada (450), congrega una infinidad de pueblos germanos y de vasallos ó de aliados, como Arderico, rey de los gépidos, Valamiro, rey de los ostrogodos. Parte enseguida de la Panonia, tras una larga marcha llega á la confluencia del Neker y del Rhin, donde encuentra al hijo primogénito de Clodión, cruza el río en armadias (451), y lanza contra las dos Bélgicas una multitud innumerable. Los burgundios, que ocupaban la Helvecia occidental, quieren detener el primer ímpetu del torrente, si bien sufren una cruel derrota. Después de haber destruido á Augusta de los Rauracos, á Vindonisa y Argentuaría (9), baja Atila por la orilla izquierda del Rhin hasta Maguncia, y precedido por el terror, seguido por la desolación más espantosa, toma y entra á saco á Tréveris y Escarpiana (10). No deja en Metz piedra sobre piedra, donde degüella hasta los tiernos infantes, á quienes se ha apresurado á bautizar el obispo. Dios llamó á sí á San Servato, para que no viese á Tongres reducida al último apuro. Solamente dos ciudades al Norte del Loira se libertaron de aquel azote, Troyes y París. Debíó la primera su salvación á las súplicas de San Lupo, de quien más tarde se hizo acompañar hasta el Rhin Atila para tener también propicio al Dios de los cristianos (11); la segunda á los méritos de Genoveva de Nantetre, joven pastora, que tranquilizando á los habitantes, exhortó á las mujeres á congregarse en el baptisterio para orar allí juntas, prometiéndoles que serían preservadas de la muerte y de la deshonra. Negándose los hombres á tener fe en ella se amotinaron contra la adivina y querían ahogarla ó apedrearla, pero el archidiácono de Auxerre los calmó, asegurándoles que San Germán alababa grandemente á Genoveva; y efectivamente no atacaron á París los hunos (12).

Sitio de Orleans.—Pusieron asedio delante de Orleans á instigación de Sangiban, caudillo de los alanos, á quien los romanos habían permitido establecerse en el contorno. Reducíase la intención de Atila á convertir á Orleans en su plaza de armas, después de llevada á feliz remate la sumisión

de las Galias. Descubierta la traición, vigorosamente defendieron sus hogares los ciudadanos, alentados por la fuerza de las murallas y por Aignan su obispo, quien les daba la seguridad de un pronto socorro. Sin embargo, ya habían caído por tierra las murallas y ocupaban los hunos sus arrabales, siendo inminente el peligro. Aignan manda á uno de los suyos subir á las torres y á las atalayas para que vea si se aproximan los libertadores: *No*, le dicen: y el obispo responde: *Orad con fe*. Envía de nuevo, miran con atención, nada se descubre y el obispo repite: *Orad con fe*; al fin la tercera vez le contestan: *Se distingue muy lejos una nubecilla.*—*Ese es el socorro del Señor* (13), exclama el obispo, y *Ese es el socorro del Señor*, repite la muchedumbre llena de confianza.

Con efecto, eran las águilas romanas: Aecio no se había dejado engañar por las insidiosas protestas de Atila, ni por las intrigas de una facción que, en la corte italiana, se mostraba favorable á la paz en virtud de una cobarde repugnancia á la guerra. Hecho héroe por voluntad, cual lo había sido hasta entonces por denuedo, allegó cuantas tropas pudo, en la confianza de que aumentaría su número con los socorros que le suministrarán los visigodos, los cuales debían incorporarse en medio del común peligro. No obstante, éstos habían resuelto aguardar al enemigo á pie firme en su territorio; pero la hábil elocuencia de Avito determinó á Teodorico, en obsequio de la salvación de su reino y por interés común de la cristiandad, á tomar la delantera y á marchar contra el enemigo que le amenazaba. Reunió, pues, un fuerte ejército; y el anciano rey se puso en persona al frente de su denodada nación, secundada por otras tribus, y acompañándole sus dos hijos Turismundo y Teodorico. Al mismo tiempo se ocupaba activamente Aecio en solicitar en el Poitou á los táifalos, en Bayeux á los sajones, en la Retia á los breunos, en Valence á los alanos, á los armóricos en Bretaña, y á los sármatas, diseminados por todas partes, á fin de que llegaran á combatir al formidable enemigo, que aspiraba á invadir una comarca donde empezaban á saborear las dulzuras de una residencia estable.

Por mucho que costara á un general de Roma reunir un ejército mediano, desde luego podía contar con la superioridad de la táctica contra una muchedumbre de aventureros que solo tenía el valor personal en su abono. Atila lo comprendió perfectamente, y más embarazado que socorrido por aquel tropel inmenso que había reunido, hubo de vacilar. Consultó adivinos y sacerdotes, quienes le presagiaron unánimes una derrota, de que sería indemnizado en cierto modo por la muerte de su más encarnizado enemigo.

Batalla de Chalóns.—A la aproximación de aquel ejército poderoso levantó Atila el sitio de Orleans,

(9) Horburg cerca de Colmar.

(10) Champagne, entre Toul y Metz.

(11) *Gallia christiana*, tomo XII. *Vita S. Lupi* ap. *SUBM.*

(12) *BOLLANDISTAS*, 3 de enero.

(13) GREGORIO DE TOURS, lib. II.

y tornando á pasar el Sena, hizo alto para aguardar á la falange contraria en los campos Cataláunicos, á orillas del Marne, donde podía maniobrar desembarazadamente la caballería.

Allí se encontraron frente á frente los tres mundos, el mundo asiático, el mundo romano y el mundo germánico, aquellos de cuyas manos se escapaba la dominación sobre la moderna Europa, y aquellos que pretendían apoderarse de ella. Roma tenía bajo sus banderas á los visigodos, á los letos, á los armóricos, á los galos, á los breunos, á los sajones, á los borgoñones, á los sármatas, á los alanos, á los francos, á los ripuarios: con Atila militaban otros francos y otros borgoñones, los boyos, los hérulos, los turingios, los gépidos, los ostrogodos; eran hermanos, separados había largo tiempo, y volvían á encontrarse á la sazón para cebarse en la mútua matanza.

Viendo Atila vacilar á sus gentes, les exhortó diciendo: «¿Qué tenéis que temer de ese hacinamiento de enemigos, hombres de diferente lenguaje y de distintas costumbres? ¿De esos hombres, á quienes solo ha podido reunir el miedo? Arrojaos intrépidamente sobre los alanos y los visigodos; una vez quebrantados los huesos es imposible que el cuerpo logre sostenerse. Acreditad vuestro acostumbrado denuedo. Aquel que esté destinado á vencer, no podrá ser tocado por ninguna flecha: al revés, el que esté destinado á la muerte, perecerá aun cuando se agache en el reposo de sus hogares. Esa trémula muchedumbre será incapaz hasta de soportar vuestra mirada. Yo dispararé la primera flecha contra el enemigo. ¡Muera todo el que se atreviere á permanecer con las manos ociosas, mientras yo combatol»

Esta batalla fué disputada por una y otra parte con escasa pericia militar y con tesón extremado. Atila dirigió sus principales esfuerzos contra los godos, á quienes consideraba con gran fundamento, como el más incontrastable obstáculo á sus conquistas. Coronando Teodorico con prodigios de valor una vida de guerras continuas, sucumbió en la refriega: ciento cincuenta mil hombres cubrieron con sus cadáveres las orillas del Marne, si bien quedó en pro de los romanos el honor de aquella jornada. Esta fué la última victoria insigne alcanzada en nombre de los antiguos soberanos del mundo. Atila se retiró detrás de la trinchera formada por los carros, y se le oyó cantar durante la noche, haciendo chocar sus armas, á guisa del león que ruge en la caverna donde le han acorralado los cazadores.

Disponíase á vengar á su padre el joven Turismundo, alzado sobre el pavés por los visigodos en el mismo campo de batalla; pero Aecio concibió recelos de una nación que le parecía llevar á sobrada altura sus miras. Cuéntase, pues, que fué en persona en busca de Atila, su antiguo amigo, y le dijo: «No has exterminado más que á una ínfima parte de los godos; y mañana volverán á la carga en tanto número que te cortarán la retirada.» Atila

le dio gracias, y le hizo regalo de 10,000 monedas de oro. Luego el mismo Aecio se dirigió á la tienda de Turismundo: le exageró los recursos con que contaban los hunos, y le infundió además temores de que, mientras acreditara su valor en lo más recio de las lides, le usurpara su hermano la corona. También Turismundo se mostró agradecido dándole otras 10,000 monedas de oro, y apresuró su retirada para tomar la vuelta de sus Estados (14).

Habíase preparado Atila á la defensa, y hasta había hacinado las sillas y las mantas de sus caballos, resuelto á quemarse vivo en aquella hoguera, para que nadie pudiera jactarse de haber cogido prisionero ó dado muerte al que había ganado tantas victorias. En tanto que aguarda ser acometido de un momento á otro, se apercibe por el silencio del campo de que se ha retirado el enemigo: entonces sigue también este ejemplo, vuelve á pasar el Rhin y regresa á la Panonia costeano el Danubio.

Al asomar la primavera (452), se dispuso á una nueva invasión. Después de haber pedido otra vez la mano de Honoria con su patrimonio y de haber experimentado una nueva negativa, se pone en marcha, cruza los Alpes, y asedia á Aquilea con máquinas construidas por los desertores y prodigando la vida de infinitos soldados. Acreditaron los italianos en la defensa de la ciudad que no les faltaba el antiguo valor siempre que no les entibiaran la sabia opresión ó las rivalidades de los emperadores. Desesperado Atila de enseñorearse de la plaza después de tres meses de infructuosos asaltos, iba á levantar el sitio, cuando descubrió una cigüeña que se disponía á huir con sus polluelos de una torre donde tenía su nido. Hábil en sacar partido del más insignificante accidente, dice y hace repetir que la ciudad está á punto de sucumbir, puesto que animales tan fieles abandonan sus murallas. De esta suerte reanima el fatigado valor de los suyos, á quienes conduce al asalto con un fervor supersticioso: abierta brecha queda reducida Aquilea á un montón de escombros para no volver á levantarse nunca.

Venecia.—Altino, Concordia, Padua, sufrieron igual desgracia, y poseídos de espanto sus moradores huyeron del continente para refugiarse en los islotes de la laguna alrededor de Rialto, primer núcleo de la ciudad y de la república que debía conservar su imperio y su libertad por más tiempo que Roma.

Penetrando entonces en lo interior del país entregó Atila á la devastación las ciudades de Vicenza, Bérgamo, Verona. Libertáronse del incendio, merced á una pronta sumisión, Milán y Pavia, abandonando no obstante sus riquezas. Al entrar Atila en la primera ciudad vió en el palacio de los emperadores un cuadro en que estaban represen-

(14) Idacio ap. FREDEGAR., *Scrip. fr.* II.

tados sobre el trono hollando á los bárbaros con su planta: sonrióse y mandó que fueran pintados los césares deramando á sus pies sacos de oro.

Italia toda, á la noticia de tan reiterados desastres, se veía sin dirección, sin ejército y diezmada de habitantes. Solo estaba todavía en pie Aecio; pero los aliados que le habían socorrido del otro lado de los Alpes, cuando su propia salvación se hallaba enlazada con la del imperio, veían á la sazón con indiferencia desencadenarse aquella furia sobre Italia, como el agricultor cuando la nube que amenaza sus campos, descarga sobre los demás. Limitábase el imperio de Oriente á empeñar la promesa de acudir con socorros: reducido de esta manera el general romano á fuerzas poco numerosas, no podía hacer otra cosa que hostigar de flanco al ejército de Atila. Hasta el mismo Valentiniano se fiaba poco de Aecio, y, teniendo á Rávena por asilo poco seguro, había huido con dirección á Roma. Viendo posteriormente que aun esta ciudad se encontraba desguarnecida de tropas, y que sus murallas estaban en malísimo estado, pensaba en abandonar la Italia.

En medio del universal desaliento, el papa León y Avieno, opulento romano y personaje consular, adoptaron el partido de presentarse en ademán suplicante á Atila, con el fin de inducirle en nombre de la religión y de los antiguos recuerdos, á consentir en la salvación de Roma. Cerca de Peschiera encontraron al terrible guerrero, el cual les recibió con grande miramiento, y le suplicaron que concediera la paz, prometiéndole sumas inmensas por vía de dote de Honoria.

Las leyendas, que, como ya se ha visto, se ejercitaron mucho acerca de estos notabilísimos acontecimientos, hablan de muchas batallas dadas bajo los muros de Roma, batallas tan encarnizadas que en ellas perecieron todos los soldados, á excepción de los generales; y, aun después de abandonar las almas á los cuerpos, continuaron los cadáveres combatiendo por espacio de tres días y tres noches cual si fueran guerreros vivos (15). Otros dicen que San Pedro y San Pablo se aparecieron, para proteger la ciudad donde reposan sus cenizas, amenazando á Atila que retrocedió aterrado; milagro perpetuado á través de los siglos por el pincel de Rafael y por el cincel de Algardi.

Hasta sin la intervención de ningún milagro es posible creer que contuviera á los bárbaros un sentimiento de respeto hacia la antigua capital del mundo pagano, y hacia la nueva metrópoli del cristianismo. Reciente se hallaba el ejemplo de Alarico: no bien hubo violado la gran ciudad, quedó cortado el curso de sus triunfos con el hilo de su existencia. Además sabía Atila que el ardor de sus guerreros, impetuoso en el ataque, no resistía á las largas fatigas de los asedios, y eran diez-

mados por las enfermedades con que tantas veces ha castigado Italia á sus invasores. Por último ¿qué atractivo podían brindar los palacios á Atila, acostumbrado á considerar como la libertad el aire de los campos, y como cárceles los edificios de las ciudades? Ciertamente codiciaba botín, y para eso llegaban á ofrecérselo sin que hubiera de costarle ningún trabajo.

Muerte de Atila.—Así, pues, aquel Atila que semeja un gigante, porque aparece subido sobre un inmenso montón de ruinas y delante del cual temblaban todos desde el Báltico al Atlas y al Tigris, vuelve á tomar el camino de su ciudad de madera. Ya en camino le ocurre el pensamiento de añadir, á tantas mujeres que le han hecho padre de una porción de hijos, la joven Ildegunda; pero con el júbilo de este enlace, ó á consecuencia de los excesos de las bodas, murió (453). Su cadáver fué expuesto en medio del campo entre dos largas hileras de tiendas de seda. Sus hunos se cortaron los cabellos, se hirieron el rostro y le ofrecieron exequias de sangre humana. Entorno suyo cantaban con sombría fiereza: «Este es Atila, rey de los hunos, hijo de Munzak, señor de naciones valerosas, quien, en virtud de un poder inaudito, poseyó la Escitia y la Germania, espantó á los dos imperios de Roma hasta tal punto que, para no entregarle todo el botín, después de haberle calmado con sus ruegos, le ofrecieron un tributo anualmente. Había llevado á feliz remate todas sus empresas, cuando murió, no de resultas de una herida del enemigo, ni de traición de sus parciales, sino en medio de los goces y sin experimentar dolor ninguno.» Sus despojos metidos en tres cajas, una de oro, otra de plata y la última de hierro, fueron sepultados de noche con los trofeos más preciosos del enemigo y con los cadáveres de los esclavos que habían abierto la fosa: en rededor celebraron los nobles hunos los funerales de su caudillo con banquetes, donde el libertinaje corrió parejas con la intemperancia.

Batalla de Netad.—Entonces se pudo reconocer cuánto había sido el poder de aquel hombre, que había sujetado al freno á tantos bárbaros de distinta índole. Sus numerosos hijos se disputaron sus vastísimas posesiones, si bien ya se habían escapado de sus manos. Diéronse cita las diversas naciones en la Panonia. Allí, cerca del río Netad, vinieron á las manos el godo poderoso con la espada, el gépido diestro en disparar la javelina, la infantería sueva, la caballería de los hunos, el alano de pesada armadura, el hérulo de armamento leve, y muchas tribus sin caudillo, que habían militado á las órdenes del *Azote de Dios* hasta entonces. Treinta mil hunos quedaron tendidos en el campo de batalla con Elac hijo primogénito de Atila: hondamente divididos sus hermanos sostuvieron con debilidad suma la terrible gloria de su padre.

Refugiáronse las hordas húngaras hacia el Palus-Meótides, donde quizá tomaron el nombre de utur-

(15) Fragmentos de Damascio en la *Biblioteca de Fozio*, pág. 1035.

guros, con el cual invadieron la Iberia y la Armenia; otros entre las concavidades del Cáucaso mezclados bajo el nombre de sabiros con los eslavos, produjeron tal vez la nación rusa (16). Los ostrogodos, que, a pesar de haber sido avasallados por Atila, conservaron algún resto de independencia y sus propios reyes estaban gobernados a la muerte de Atila por tres hermanos amalos, Valamiro, Teo-

(16) LEVESQUE, *Historia de Rusia*.

domiro y Videmiro, y se repartieron la Panonia. Arderico, rey de los gépidos, se extendió por la Alta Mesia y por una parte de la Dacia: los rugos, que, en tiempo de Tácito, residían junto á la embocadura del Oder, y de quienes conserva memoria la isla de Rugen, no vuelven á aparecer más que en los ejércitos de Atila; después de su muerte se establecieron en las comarcas situadas al norte del Danubio, donde están actualmente el archiducado de Austria y la Moravia, y permanecieron allí hasta que destruyó su dominación Odoacro (487).

CAPITULO XVI

ULTIMOS EMPERADORES DE OCCIDENTE

La misma noche en que exhaló Atila el postrer suspiro, había el emperador Marciano visto en sueños que el arco del conquistador se hacía pedazos. Habíase roto efectivamente, aunque no por eso se cicatrizaban las gangrenadas llagas del imperio, donde hasta se deseaba el triunfo de los bárbaros, por lo mucho que los impuestos abrumaban. Descargaban los ricos todo el peso sobre los pobres, que ya ni siquiera tenían, como alivio de su miseria, el recurso de las larguezas imperiales. Las sospechas multiplicaban las confiscaciones y las persecuciones criminales; muchos individuos, en rebeldía contra la sociedad y las leyes, se entregaban al pillaje en los caminos y en las aldeas; su número había llegado á ser tan considerable que, bajo el nombre de bagaudes, habían arrancado á la dominación romana la Armórica y parte de la España. Muchas provincias se habían perdido, otras estaban en vísperas de rebelarse. Apenas era vencida ó fijaba su residencia en algun punto una población bárbara, se veía asomar otra en ademán amenazante con íntegras fuerzas. Hallábanse debilitados los ejércitos y exhausto el tesoro: un sentimiento general de lasitud y de espanto oprimía los espíritus y hacía temer la aproximación del duodécimo siglo de Roma, reputado como funesto á su duración en los cálculos sacerdotales de los etruscos.

Muerte de Aecio, 450.—Hasta los mismos emperadores, incapaces de promover el bien, no sabían otra cosa que acelerar la ruina del imperio. Valentiniano III, joven, falto de energía, se desenfrenó después de muerta Placidia, y concibió odio y sospechas contra Aecio, el salvador del imperio, á instigación de sus eunucos, y le atravesó el corazón con la espada, de que nunca había sabido hacer uso contra los bárbaros: de una manera igualmente vil y cobarde fueron asesinados los amigos del pa-

tricio. Luego se atribuyeron á Aecio, como á todo hombre que sucumbe, proyectos ambiciosos, inteligencias con el enemigo, tentativas de revolución en el Estado. Quédannos muy pocos documentos para comprobar el hecho: sin embargo, sus actos nos le presentan como incapaz de soportar un émulo de poder y de gloria, y no como ávido de la categoría suprema, que nadie hubiera podido disputarle. Ageno al sentimiento que inspira el amor de la patria, no comprendía otra libertad que la que estribaba en emancipar á su soberano del extranjero yugo, y á sí propio de todo el que intentara oponer obstáculo á sus deseos. Peleaba por aquel honor militar á cuyo impulso van todavía actualmente millares de soldados á prodigar su vida y á figurar como héroes en interés de una causa que no han examinado, ó que tal vez ignoran. No faltaron aplausos al asesino imperial, si bien un romano se atrevió á decirle: *Has procedido á semejanza del que se corta la mano derecha con la mano izquierda.*

Muerte de Valentiniano III.—A despecho de su virtuosa mujer Eudoxia, Valentiniano injuriaba el pudor hasta de las damas principales. Habíale opuesto una virtuosa resistencia la mujer de un rico senador de la familia Anicia, llamado Petronio Máximo; pero cierto día que había ganado á éste crecidas sumas al juego, le obligó á que le entregara su anillo en prenda, y se lo envió á aquella por quien ardía en deseos, haciendo que la dijera como su esposa la aguardaba. De esta suerte llegó á satisfacer su brutal apetito; pero Máximo, furioso, se propuso lavar semejante afrenta con sangre. Dos soldados de Aecio, admitidos imprudentemente en las filas de los guardias, le ofrecieron el auxilio de sus brazos, y degollaron al emperador (16 de marzo de 455).

Máximo.—No costó mucho tiempo á Máximo